

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

Dominica 1.^a de Adviento.

(Continuacion.)

Quién es el que viene al mundo para salvar al mundo? El Hijo de Dios, que lleva escrito en su muello: *Rey de reyes y Señor de los que dominan*. Y viene el rey de los cielos á libertar al hombre esclavo, el Rico por excelencia á hacerse pobre para enriquecer al hombre miserable, y el Santo de los santos á cargar con nuestros pecados para santificar á los pecadores. ¿Qué es el hombre para que así le visite el Hijo de Dios, y qué méritos podia alegar para obtener tan soberana dignacion? El hombre no tiene de suyo mas que vileza, miseria y corrupcion, fruto de su rebelion, de sus vicios y pecados. No merecia mas que el estipendio de su pecado que es la muerte temporal y la muerte

eterna. Por eso resplandece con tanto brillo la misericordia divina en el primer Adviento del Salvador. Y nosotros recordamos con la mayor indiferencia ese hecho histórico que es el principio de nuestra grandeza, la cuna de nuestra libertad, la fuente de todo consuelo, la tabla de nuestros derechos, y la esperanza que nos alienta en los trabajos de esta peregrinacion con la perspectiva de una dicha sin término en la patria de las eternas alegrías. Para muchos cristianos ha sido inútil la venida del *Manso y Humilde de corazón*. Viven en la ignorancia, ó en el error, enfermos de espíritu, abrasados por el fuego de la avaricia, de la lujuria, de la ambicion, como si no hubiera sol en el cielo, ni agua en los rios, ni medicina en Galaad, ni médico sapientísimo y amorosísimo, ve-

nido del cielo á sanar las dolencias y enfermedades de la tierra. Cunde como el cáncer la inmoralidad, porque ha invadido las inteligencias el racionalismo, herejía infernal que niega la venida del Redentor, y las medicinas de la Redencion, que cierra los caminos á Jesucristo para que no entre en las almas con su divina luz, y los dones de su gracia. Cerrad vosotros la inteligencia á toda doctrina que se oponga á la doctrina santísima de Jesús, y abrid camino en vuestro corazon á la salvadora influencia de la gracia. Porque al fin es preciso que reine Jesucristo en el hombre y en la sociedad; si no queremos que reine como Salvador, reinará como Juez. Si huimos de los brazos de su misericordia, iremos á caer en los brazos de su justicia. Vendrá infaliblemente á nosotros para reinar en nosotros. *Su segunda venida* ha de ser en justicia para dar á cada uno su merecido. Estadme atentos.

Refiere el Evangelio que cuando nació Jesucristo, nuestro Redentor, penetraron en la Ciudad de Jerusalem unos Magos, preguntando: «¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Herodes se turbó cuando supo la llegada de estos personajes, y toda la ciudad experimentó la misma

turbacion. ¿Por qué se turba Herodes? ¿Cuál es la causa de esa alarma que ha cundido en toda la ciudad, y llevado la consternacion al ánimo de los jueces y magistrados y excitado la curiosidad de todos sus moradores?

Nada: es que unos extrajeros vienen preguntando por un niño recién nacido á quien consideran como rey de los judíos. Pero ¿cómo podia causar este pánico un niño, nacido en un establo, reclinado en un pesebre, y sin otro acompañamiento que la humildad y la pobreza? Todo eso es verdad.

Herodes tiembla, no obstante, y se alarma la Sinagoga. ¿Qué será, exclama San Agustin, cuando Jesucristo se siente en su tribunal para juzgar á las mismas justicias; si ahora se estremecen los reyes soberbios como Herodes ante la pobre cuna de un niño, cercado de pobreza y destituido de todo humano poderío? Vino en su primer Adviento como Padre tierno y solícito á salvarnos; vendrá en su segundo Adviento como severo Juez á residenciarnos. Ahora es el tiempo de su misericordia; despues ya no habrá tiempo, porque comenzará la eternidad, con el reinado absoluto de la justicia. Pensad ahora de corazon porque cerca-

no está el día del Señor. *Ecce dies Domini veniet crudelis et indigna ciorque plenus.* Llegará en breve la hora suprema de la muerte, y entonces cada uno dará cuenta de su vida. No es la hora de la misericordia, porque ya pasó nuestro día, y comienza el día del Señor. Nuestro día termina con la muerte, día de misericordia, de trabajar y merecer, y comienza el día del Señor, día de castigos y recompensas. Trabajad ahora para descansar después, mereced en el tiempo de la misericordia, para gozar eternas delicias, y ceñir la corona de justicia que os está prometida,

Amen.

Z. M.

VARIETADES.

LA SANTERA DEL ESPINAR.

(Conclusion.)

V.

A este aluvion de necesidades, propias de la gente que ya entonces se decía de *buen tono*, sintiose Dominica sobrecogida, avergonzada; sus lábios no pudieron balbucear contestacion alguna, y menos al conocer que los recién llegados eran Samuel y Ricardo.

—¿Hablarás por fin?—dijo el primero.

—Mis buenos señores,—contestó la Santera,—no os podré obsequiar de una manera digna, pero.....

—¿Y agua? Cuando menos tendrás agua,—interrumpió Samuel sin dejarla concluir.

—¿Agua?... si, fresca, cristalina, de la fuente de la Virgen.

Y esto diciendo, Dominica corrió al altar, y quitando las flores que contenia un hermoso jarrón de china, se dirigió ligera al manantial cercano (1).

—¿Tea trás ánimo, Samuel?—dijo Ricardo no bien desapareció la hermana.

—¡Animo! ¡Animo! ¿Me crees, sin duda, cobarde?—contestó el interpelado; y continuó:—Esta noche han de recordarla siempre con terror los lugareños: la Santera y su ermita serán dentro de poco cenizas, y con mi dedo abriré sobre el polvo este elegante epitafio: «Homenaje al amor maternal.»

—¡Bravo, Samuel, bravo! ¡Bonita hoguera! ¡Qué gesto pondrán mañana estos idiotas!...

Y los dos miserables celebraron con grandes carcajadas su pensamiento criminal.

Dominica llegó con el agua, y entregando el jarrón á Samuel, dijo con el acento mas cariñoso:

—Me habeis indicado que no solo os mortificaba la sed; ahora recuerdo que puedo efreceros un regalo espléndido; os va á obsequiar vuestra misma madre.

Y sin esperar contestacion, Dominica,

(1) Conocido hoy con el nombre de «La fuente del Espinar,» en donde, segun tradicion, se apareció la Santísima Virgen, bajo cuya advocacion se venera, como patrona y tutelar de la villa, en la suntuosa y elegante iglesia que la piedad de Alcocer levantó á fines del siglo pasado.

gozosa por concluir la empezada obra de misericordia, subió ligera á su habitacion, volviendo á los pocos instantes con dos magníficas tortas que los hermanos aceptaron sin ceremonia.

Un cuarto de hora habria transcurrido, cuando Ricardo dijo con sordo acento:

—Samuel, acuérdate, concluyamos pronto y demos satisfaccion á nuestra madre; de lo contrario, me duermo; estoy rendido.

Al oír esto, Dominica tembló; la palabra *satisfaccion* que Ricardo habia pronunciado la hizo estremecer; una idea espantosa cruzó por su mente, y sus labios murmuraron:

—¡Dios mio, piedad! ¡Sola en el mundo; abandonada de todos!... ¡Oh, no lo estaré de vos en este momento, Virgen del Espinar!

Y su mirada conmovedora, suplicante, se dirigió al trono de Maria.

Samuel no contestó á las palabras de Ricardo: éste quiso levantarse del escalon en donde habia tomado asiento, mas no le fué posible.

—¡Samuel, Samuel!—gritó—¿No me oyes? ¡Oh, mi frente arde, me abrasa; el pecho se me rompe y... tengo sed y frio, sí, mucho frio! ¡Samuel, Samuel! Pero...

Y el desgraciado, victima de horribles convulsiones, se arrastró en la escalera en donde su hermano estaba.

—Tú tambien tienes frio!—continuó.
—Estás helado; tus sienes no laten: ¡maldicion! ¡Santera, Santera! ¡miserable! ¡Samuel, hermano mio! ¡Oh, muerto, muerto, y yo...

La voz se apagó en sus labios.

El pavimento de tablas resonó sordamente.

Ricardo era cadáver.

VI.

A las doce de la noche la casa de doña Florencia se hallaba en movimiento. Rápida como el relámpago llegó la fatal nueva, y el tío *Sayalarga* fué el triste nuncio. El motivo de ser éste y no otro el que notició á la señora lo ocurrido, fué el siguiente.

Acostumbraba el buen alcarreño á visitar todos los años, acompañado de sus hijos, á la Santísima Virgen, despues de la Salve solemne. Llegó nuestro hombre, y á la débil luz que proyectaban las dos velas y la pequeña lámpara, distinguió en medio de la ermita un bulto á primera vista informe. Dirigióse él con algun recelo, y pudo convencerse de que era Dominica la Santera.

—Buenas noches, hermana,—la dijo: —Se acerca la verbena y es necesario encender las luces. ¿Silencio tambien?... Si estará dormida... pero no, cuando reza jamás duermo.

Al decir esto gritaba desde la escalera el mas pequeño de sus hijos:—«¡Padre, padre! ¡aqui, aquí dos, dos.....» *Sayalarga* corrió al altar, tomó una vela y se dirigió al sitio de donde partia la temblorosa voz del niño.

Podeis figuraos su espanto. Los dos jóvenes estaban tendidos; sus ojos inmensamente abiertos, ya no brillaban, pero sus oscurecidas y bidriosas pupilas infundian terror, sus rostros estaban cárdenos, y el pobre tío *Sayalarga* quedóse lívido.

Pasaron algunos momentos, sin que de nada pudiera darse cuenta; serenóse por fin, y conoció á sus dos jóvenes amos.

—¿Qué es esto?—exclamó haciendo un

supremo esfuerzo.—¡Virgen Santísima! ¡Samuel! ¡Ricardo! ¡muertos.... estan muertos!... Dominica, hermana, ¿qué haceis?—Y se dirigió á la Santera, la que tampoco contestó como en las veces anteriores.—Si estaré.. pero esto es horrible! —Y así diciendo acercó la vela al rostro de Dominica.—¡Muerta también! La luz que habia colocado cerca de los labios, osciló:—Respira.... ¡agua! ¿donde hay agua? ¡Juan, Antonio! hijos míos....— Mas los niños apenas oyeron las primeras exclamaciones de su padre, se acurruaron tras de la puerta y por nada en el mundo habrían salido de allí.

Vió entonces el chinesco que poco antes Dominica trajera con el agua, y le tomó rociando el rostro de la infeliz, que parecía reanimarse.

—Vamos, hermana,—la decia,—un vahido, esto no es nada; ¡ánimo!

—La jóven abrió los ojos, y vertiendo un raudal de lágrimas exclamó:

—¡Gracias, oh Virgen Santa del Espinar, y á vos quien quiera que seais!

Y el caritativo labrador la condujo fuera de la hermita.

El aire puro y fresco de la noche, obrando sobre su frente abrasada, desvaneció en parte el accidente.

—Quedáos aquí un instante, hermana, me acercaré al pueblo; pero.... ¿no podríais darme alguna luz sobre....?—preguntó el tío *Saya*.

—Nada, nada puedo deciros; todo para mí es un misterio. ¡Dios mio, Dios mio!

Y la pobre jóven, llorando amargamente, cubria su rostro con las manos.

—Esta mañana—continuó—fuí á la villa, como todos los dias; los buenos ve-

cinos me ofrecieron sus limosnas, todos sin excepcion; como que mañana es la festividad; hasta doña Florencia de***, madre de esos jóvenes, fué por primera vez caritativa. Hará poco tiempo que los jóvenes desdichados llegaron fatigados y hambrientos; pidiéronme de beber, y juntamente con el agua de ese florero que habeis dejado, les ofreci la limosna que su madre misma me diera; aceptáronla gustosos, pronunciaron unas palabras cuya significacion no comprendi por completo; poco despues... los habeis visto, murieron maldiciendo.

Silencioso escuchaba sus palabras el tío *Sayalarga*, y no bien hubo concluido, cuando se marcó en su semblante una expresion de miedo, de terror indefinibles. Todo lo habia adivinado. Conocia el odio que su antigua señora abrigaba contra la *Santera*, como tambien que para vengarse no retrocedia ante el crimen.

.....

Poco tiempo despues, el pesado aldabon de la casa de doña Florencia despertó á la vecindad. Llamaba el tío *Sayalarga*, piadoso aunque funeste mensajero.

VII.

Daban las dos en el reloj de la villa, cuando una confusa multitud, llevando hachas de viento, se dirigía á la ermita de Nuestra Señora del Espinar. A la luz, y en medio de las antorchas, marchaba presurosa y agitada una mujer: cadavérica palidez desfiguraba su rostro; su vista se revolvia errante sin fijarse en objeto alguno, y de vez en cuando se arrancaba los cabellos con desespera-

cion. Su aspecto no producía en el alma sentimiento alguno de piedad, mas sí de miedo. Un observador hubiera dicho que el crimen se presentaba bajo la figura de doña Florencia, pues ella era.

Enterada del trágico fin de sus dos hijos, que adivinó por la tristeza mas que por las palabras de *Sayalarga*, en el primer momento dirigió sus miradas al Cielo, conociendo que su castigo la venía de Dios. No derramó una lágrima; no le fué posible. Su corazón destrozado, y su razón debilitada por tan rudo golpe, mil veces pidió la muerte, y mil veces blasfemó de ella.

—¡Justicia, justicia de Dios!—exclamaba en su frenesí.—¡Quiero ver á mis hijos! Quiero abrazarlos! ¡A la ermita, á la hermita!

Y así diciendo, loca, frenética, partió.

Los buenos vecinos, olvidando las injurias que diariamente les dirigía, la acompañaron, y otros, abriendo con timidez el ventanillo de la alcoba, bajaban luego, movidos por la curiosidad; reuniéndose á la comitiva.

Llegaron al santuario. Describimos el cuadro desgarrador que se ofreció en aquel instante, no es posible. Al descubrir los cadáveres de sus hijos, el rostro de doña Florencia se contrajo de una manera espantosa: quiso lanzarse y abrazar aquellos inanimaditos restos, pero no la fué posible y cayó desmayada. Pasados algunos momentos volvió á la vida, ¡ay! sin duda aquella mujer era verdaderamente criminal, pues daba principio la expiación. Una histérica y fría sonrisa se dibujó en sus labios: sus ojos giraban en las órbitas con vertiginosa rapidez:

reía, sí, reía mucho como algunas horas antes sus hijos, y también cantaba. La infeliz estaba loca. De cuando en cuando experimentaba lúcidos intervalos, mas éstos cruzaban cual meteoros sin distinguirse apenas.

Oigámosla en uno de aquellos instantes:

—Día hermoso... hermoso, y... es de noche, sí, de noche, ¡ja, ja!... ¡Necios! ¿qué haceis aquí? ¿Guardais á mis hijos? No, no, yo no tengo hijos... murieron; pero... ¿No eran las tortas para esa pizcaca *Santera*? ¿No eran también para *Sayalarga*? Veneno, veneno, mucho veneno; ¡que mueran! ¿No insultaron á doña Florencia? ¿Y la del cantar? Ya habrá muerto. Toma, toma, *para ti es el mal*... ¿Qué mas, qué mas decia? Me vengué.

Y aquella desgraciada empujaba con furor á sus acompañantes. Estos oían con el mas profundo silencio todas sus expresiones: estaban horrorizados, y mas que todos el tío *Sayalarga*, el cual, arrodillado ante la imagen de la Virgen, vertía lágrimas de reconocimiento, pues que su santa Patrona le había librado de una muerte cierta.

Probado aparecía el crimen. El orgullo infernal condujo á doña Florencia á la venganza, y ésta, dirigida como castigo por la mano de Dios, recayó con toda su fuerza sobre Samuel y Ricardo, víctimas no menos culpables. El veneno preparado para Dominica y el tío *Sayalarga*, causó la muerte á la envenenadora y sus hijos. ¡Justicia del Cielo! Aprended.

VIII

Al otro día, 21 de Setiembre, celebróse con gran pompa la fiesta del Espinar. La Alcarria estuvo representada dignamente: numerosos grupos formábanse por todas partes, y en todos ellos se oía el popular proverbio de la *Santera*, que á los niños repetían sus padres.

«Para tí es el bien que hicieres,

Como para tí es el mal;

De tus obras en la tierra,

Premio ó castigo hallarás.»

A la caída de la tarde el fúnebre cortejo dirigiase al cementerio.

Una mujer vestida de luto caminaba junto al sacerdote. Se entonó el *Requiem æternam* entre el mayor silencio, y un grito desgarrador conmovió á los circunstantes.

—¡Adios, adios, hijos míos! ¡Os he asesinado! ¡Perdon, Dios mio, perdon!

Y la mujer del vestido negro precipitose en la fosa.

Doña Florencia habia muerto.

.....

Un año despues, el tío *Sayalarga*, cumpliendo la último voluntad de la que habia sido su señora, mandó colocar sobre la puerta grande de la *Casavieja* el escudo ó blason que tanto os admira y que ha dado márgen á esta historia.»

Decia la anciana estas palabras, y el viejo reloj marcó las doce.

FELIX MARIANO ECHEA.

—=—

UN ANGEL MÁS EN EL CIELO.

—

Dejábase sentir con suma intensidad la

brisa helada de Diciembre en una boharrilla de Munster, donde una pobre madre estaba rodeada de tres niños hambrientos y tiritando de frio. Aún no hacía un mes que su esposo, despues de penosa enfermedad, habia muerto, y ella habia luchado contra la miseria con el valor y constancia de su corazón maternal. Y sin embargo faltaba el pan: habiale pedido por todas partes y nadie se lo daba. Horas amargas y terribles parecieron breves instantes á aquella pobre mujer.

De repente una dulce esperanza, como estrella que aparece en noche sombría, brilló en su alma atribulada. Pensó en la Virgen bendita, ante la cual postrada en dias dichosos habia derramado muchas veces su corazón en la efusion de la mayor alegría y gratitud, al ofrecerla y consagrarla desde la cuna sus amados hijos.

Dos de los niños dormían sobre pobres harapos, y en sus dorados sueños sonreían á sus hermanos los ángeles. La pobre mujer titubeó un instante, y llamando despues en voz baja al mayor de siete años, hermoso como un querubín; «ven» le dijo, y levantándose el niño se encaminaron á la iglesia. Tenia el niño en la mano un duro pedazo de pan, el cual mordía y remordía, no reparando el inocente en el dolor que hacia llorar á su pobre madre.

Sobre la vieja catedral descendían ya las sombras de la noche, y veíase allí la imágen venerada de la Virgen, ante la que innumerables peregrinos venían sin cesar á ofrecerla sus homenajes y buscar el remedio de sus penas. La viuda se arrojó tímidamente, juntas las manos y en actitud de súplica indecible y de ardiente

esperanza. ¡Había hecho tantos milagros, parecía tan dulce su mirada sobre los pobrecitos que acudían ante su altar, que sintió su corazón confortado por la oración!

Asombrado el niño, mira, y giran sus ojos desde la Virgen al niño Jesús que con las últimas luces del día aparecía lleno de vida. De repente exclama: «Mamá, el niñito Jesús nos mira» y como para él los niños, sus hermanos, miraban á su madre cuando la pedían pan, «tiene hambre, añade: sí, tiene hambre,» y presentando su pan al Niño divino: «toma, dijo, Jesús mío, cómelo, que yo te quiero mucho, y me dará gusto vértelo comer.»

¡Oh prodigio! Sobre el brazo de su Madre, Jesús se levanta, sonríe y tendiendo la mano al pobrecito niño, cuyos ojos inocentes y puros no expresan sorpresa ni temor: «Querido niño, dice, te lo agradezco, y pues me amas, pasados tres días estarás conmigo, y en vez de este pan que me das, comerás el pan del cielo.»

La madre vió el prodigio, oyó salir la voz divina de aquellos labios de mármol, y experimentó, como la Santísima Virgen cuando Simeón le anunció la gloria y muerte de Jesús, intensa alegría y profundo dolor. ¡Pobre madre! Sus lágrimas en aquellos tres días corrieron por sus mejillas á un mismo tiempo dulces y amargas, y al acercarse, pasado el término señalado, á la cuna de su niño, temblaba, tenía miedo....., pero decía: «¡Oh Niño Jesús! Por vuestra amadísima Madre, sea mi hijo feliz.» Y cual blanco lirio yacía su cuerpecito sobre el pobre

lecho, inmóvil y sin vida, mientras los ángeles llevaban al cielo su alma inmaculada á través del firmamento estrellado y en el plácido silencio de noche tranquila y serena.

—=—
Queremos á Dios.—Estas tres palabras las presenta un respetable Sacerdote francés en contraposición de ciertas ideas.

Queremos á Dios al nacer en nuestro bautismo, porque el niño sin Dios es el hijo de la naturaleza, el hijo de la cólera y del pecado; queremos la unión de lo natural y de lo divino.

Queremos á Dios en la escuela por la instrucción religiosa, porque la instrucción sin religión nos lleva tarde ó temprano á desastres para el corazón ó la cabeza, á desgracias para el hogar doméstico y la patria; si falta Dios, la instrucción, la familia, la patria no es nada; la instrucción con Dios es la luz fátua que nos conduce al precipicio.

Queremos á Dios en el matrimonio, porque de este modo es una alianza augusta y sagrada; sin el Sacramento es el matrimonio civil, es la fragilidad humana, es la pasión brutal, fugaz é irritable; para nosotros es el lazo sagrado que une á la honestidad del hogar la perpetuidad del afecto.

Queremos á Dios en la muerte y en el entierro, porque sin el auxilio de la religión es espantosa, hiela de espanto á los que sobreviven y abandonan el cadáver al acaso; los auxilios de la religión confortan al que se va y á los que quedan con la dulce esperanza de verse un día al ver á Dios; así, pues, protestamos contra el ateísmo en las cuatro fases solemnes de la existencia, y queremos la bendición religiosa en la cuna, en la escuela, en el hogar doméstico y en nuestra última hora.